

Responsable: Virginia Luisa Bossié

VEINTE AÑOS DE LECTURA PERSONAL EN LA ESCUELA GENERAL PICO – LA PAMPA (1991-2011)

JUSTIFICACIÓN: Promover el gusto por la lectura es el desafío actual en un mundo donde priman imágenes instantáneas y por eso mismo efímeras. La riqueza interior que proporciona la lectura amplía el horizonte cultural y permite afianzar la vulnerable identidad de los adolescentes. No serviría la “obligación” de leer todos el mismo texto en clase si sólo respondiera a objetivos docentes. Despertar el interés por ese “objeto libro” es difícil. Pero serán los mismos chicos de hoy, adultos de mañana, quienes recuperen y capitalicen, como un bien cultural intransferible, el tiempo que en la escuela pudieron leer lo que les gustaba, con el ritmo que cada uno necesitaba, y con la única condición de cumplir un compromiso consensuado. Tal vez así podamos colaborar en la constitución de una sociedad menos alienada, formada por seres creativos, críticos, reflexivos, comprometidos, “sabios” en sus decisiones, producto de un pensamiento que se transforma en acción para crear mejores condiciones de vida para todos.

OBJETIVOS: A largo plazo: Formar lectores autónomos, críticos, gustosos de la lectura. A mediano plazo -un ciclo lectivo-: que cada estudiante haya leído por lo menos tres libros, a elección. A corto plazo: que cada uno pueda comentar y recomendar o desaconsejar el libro leído durante un trimestre escolar.

PÚBLICO DESTINATARIO: Estudiantes adolescentes de entre 13 y 16 años.

METODOLOGÍA

A principios de año surge la propuesta: leer en clase, una vez por semana, lo que cada uno quiera. Se les pide a los alumnos que para la clase siguiente lleven material de lectura: el que tengan en casa o le regalaron y nunca revisó, el que pidan en biblioteca, el que, a priori, les gustaría leer; un libro como mínimo, debidamente identificado.

A la semana siguiente se organiza la “Feria del Libro”, dispuesta en dos largas mesas. Cada grupo recibe los libros traídos por el otro. Primero, uno cada cuatro chicos. Luego de observar las reacciones (quién se abalanza sobre el libro, quién lo pasa sin mirarlo, quién comenta algo con el otro, etc.) la docente les agrega más, tratando de que en cada grupo haya textos de distintos géneros, temáticas, autores, diseños, editoriales, nuevos y viejos, de alguna colección... hasta que al menos cada chico cuenta con un libro que no es el que llevó, sino el que eligió de entre los traídos por sus compañeros. A veces más de uno quiere el mismo ejemplar; en otros casos todos descartan el

mismo... Van reconociendo paratextos distintos para obras idénticas... todo depende del material que haya. Si el "dueño" lo consiente, allí mismo comienza el intercambio.

Para la otra clase cada uno seleccionó lo que quiere leer, y calcula la fecha probable de finalización. El plazo máximo es de todo el trimestre, para que quienes hubieran elegido una novela larga (500 páginas o más) tengan tiempo de terminarla. Los demás, mientras tanto, pueden terminar un libro y empezar otro. Cuantos más libros leídos esos tres meses, más posibilidades de elegir el mejor para comentarlo.

Concluido el plazo (con lectura continuada en la casa, en cualquier momento), alumnos y docente se ubican en ronda y cada uno recomienda o no el suyo. La única "obligación" es terminar de leer al menos un libro. O llegar a la mitad y abandonarlo, si no es de su agrado, pero contar con argumentos suficientes como para criticarlo de tal modo que otro compañero decida elegirlo o no. La docente, en conocimiento de lo que cada alumno leyó, interviene propiciando el intercambio si, por ejemplo, dos alumnos han leído el mismo libro, o del mismo autor, o con la misma temática, o del mismo género. También aporta conceptos literarios cuando resulta necesario.

En otras oportunidades la puesta en común se lleva a cabo en pequeños grupos, de no más de cuatro integrantes. En cada grupo comentan lo que leyeron, y entre ellos seleccionan el "mejor" libro para recomendar al resto del grupo-clase.

En esta modalidad de "puesta en común" no existe una evaluación en términos de "nota". Sí hay una evaluación cualitativa de lectura. No se trata de "comprobar si cumplieron con la tarea", sino de detectar los progresos en la profundidad de las lecturas, en la crítica posterior, en la capacidad de recomendarlo -o no- con argumentos convincentes, en la selección de lo medular del libro no para "contar el argumento" sino para compartir la temática, por qué lo recomiendan, qué los hizo elegir ése y no otro libro, qué puertas de nuevas lecturas se les abrieron a partir de lo leído.

Debido a que en alguna oportunidad el dueño perdía el rastro de su libro porque pasaba de uno a otro compañero sin avisarle, se organizó un sistema de fichado y seguimiento: A la vez, la docente podía detectar el ritmo de lectura de cada uno. En una ficha personal cada alumno registraba la fecha del encuentro, el libro que estaba leyendo, en qué página comenzaba ese día sobre qué total, quién era el dueño, y había un espacio para la firma de la docente, quien retiraba las fichas y volcaba los datos en su planilla. Firmadas, se las devolvía en la clase siguiente. También miraba quién había terminado el libro, quién lo había cambiado por otro, quién se lo olvidaba (tenía un "stock" de reserva para esos casos). Pero ese sistema terminó por desvirtuar el tiempo real de lectura placentera. La profesora se veía imposibilitada de leer, y ya se sabe: si el adulto no lee, el adolescente no tiene modelos que lo alienten. Por eso, para aligerar

el tiempo “administrativo”, las fichas fueron descartadas. En su reemplazo, la profesora llamaba a cada alumno, en orden aleatorio, para que le hiciera un comentario parcial de su lectura. Otra variante de puesta en común ha sido solicitar a todo el grupo que para el encuentro de puesta en común seleccionaran un fragmento del libro para leerlo en voz alta a sus compañeros, y luego comentar por qué eligieron ese pasaje.

EVALUACIÓN: A fin de cada ciclo lectivo se pide a los alumnos que sean ellos mismos quienes lo evalúen, respondiendo de manera anónima si así lo prefieren acerca de qué les gustó, qué cambiarían, qué agregarían o eliminarían de la dinámica de los encuentros de lectura, si los ayudó en algo -en qué-, si quieren continuarlo y cómo. Con esas respuestas, la docente programa los ajustes para el ciclo lectivo siguiente.

CONCLUSIÓN: Después de haber analizado las evaluaciones realizadas por los chicos cada fin de año, a partir de 2010 se optó por eliminar la mayor cantidad posible de barreras que obstaculizaran el hábito de la lectura personal para estos adolescentes del siglo XXI. Es de esperar que, cada año, un nuevo grupo de adolescentes descubra el placer de leer. La “devolución”, tal vez, llegue dentro de unos cuantos años más, cuando otros ex-alumnos recuerden su “tiempo de lectura en la escuela”.

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación Internacional de Lectura – Revista Lectura y Vida. 3° Congreso Latinoamericano de Lectura: “El rol del docente en la formación de lectores”. Bs. As. 1991.
- Gómez Villalba, E. “La estimulación de la lectura: Una estrategia de intervención”. En *Revista Lectura y Vida*. Año 17. N°4. Diciembre 1996.
- Lerner, D. *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. México: FCE. 2003.
- Mendoza Fillola, A. *De la lectura a la interpretación*. Bs. As.: A/Z Editora. 1995.
- Perriconi, G. “Leer sin urgencias, pensar con tiempo”. En *Revista Lectura y Vida*. Año 19. N°1. Marzo 1998
- Quintanal Díaz, J. “Problemática de la motivación lectora”. En *Revista Lectura y Vida*. Año 14. N°2. Junio 1993.
- Solé i Gallart, I. *Estrategias de lectura*. Barcelona: Graó. 1993
- www.lectura.me.gov.ar

RELATO DE LA EXPERIENCIA

EL PROYECTO EN EL DECENIO 1991-2000: En mayo de 1991 asistí en Buenos Aires al Congreso Internacional de Lectura organizado por la IRA (Asociación Internacional de Lectura -filial Argentina-). Volví a La Pampa con la esperanza de poder aplicar el tiempo de lectura silenciosa y sostenida (LSS) que, según lo expuesto, una docente llevaba a cabo: al toque de un timbre toda la comunidad educativa leía lo que le interesara. Terminados esos 15 minutos, cada cual volvía a sus actividades.

El primer escollo con el que me encontré surgió de mis propios colegas: “¡Ah, no! A mí no me sacás ni 5 minutos de mi único módulo semanal... Yo los estoy preparando para la facultad” (Ofelia G., profesora de química). Y, se crea o no, también de docentes de Lengua: “Yo ya les dije que este año leíamos X novela... ¿cómo hago para evaluar lectura si no hay actividad posterior?” (Analía O.). Entonces, en medio módulo semanal en cada curso a mi cargo (1° y 2° año del Colegio “Don Eduardo de Chapeaurouge”) llevé una caja con más de cien libros, para que cada alumno eligiera uno para leer.

El primer problema fue el tiempo: 40 minutos sólo alcanzaban para elegir el libro, leer algunas páginas y devolverlo a la caja. El segundo problema: quien quería seguir lo que la semana anterior había empezado, muchas veces se encontraba con que ese libro ya había sido tomado por otro compañero. Y algo de razón le daba a mi colega: a veces sentía que estábamos perdiendo el tiempo.

En noviembre de 1991 asistí al V Congreso “El diario en el aula”, en Santa Rosa. Allí encontré a María Elena Rodríguez, presidenta de la filial argentina de la IRA, además de haber sido mi profesora de Lingüística en la Universidad. Le comenté mi proyecto y las primeras dificultades. Categórica, me respondió: “Que terminen lo que empiezan. El ‘picoteo’ no beneficia a nadie”. 1992 fue un año de ajustes (y así es desde entonces):

Consulté con los alumnos cómo podíamos mejorar el proyecto. Surgieron varias ideas: Tiempo de lectura en la escuela más extenso; seguir leyendo en la casa; algún sistema de préstamos para que los libros no se perdieran; que todos supieran lo que cada uno estaba leyendo; que la biblioteca de la escuela tuviera libros más interesantes... A partir de entonces, en ésta y en otras escuelas públicas y privadas en donde trabajé, a fin de año los “ajustes” los proponen los mismos chicos.

Así, por ejemplo, en el Chapeaurouge de 1992 a 1994 el encuentro de lectura se llevaba a cabo quincenalmente, en un módulo entero de clase y, si el tiempo lo permitía, en el “Paseo de los Inmigrantes”, un lugar arbolado a dos cuadras de la institución. Allí los chicos se ubicaban solos o en grupos pequeños, y leían... ¿qué?

En 1992 respondí una encuesta que Gustavo Bombini envió a las escuelas; en ella preguntaba si los adolescentes leían por gusto textos literarios. Había visto varones intercambiando libros de colección (“Elige tu propia aventura”), chicas copiando en su agenda rimas de Bécquer; y otras que, empezando por una revista para adolescentes con un artículo sobre el enamoramiento entre primos, terminaban pidiéndome “Edipo Rey” después de la puesta en común de lo leído.

A fin de 1993 los chicos hicieron una lista con los libros que había leído más de un alumno pero que la biblioteca no tenía. La Cooperadora recibió una partida presupuestaria, y la biblioteca contó con 50 ejemplares elegidos por mis alumnos.

Hernán C. había tomado “Bajo las lilas” de la biblioteca de su hermana a último momento, sin saber siquiera de qué se trataba. Me extrañó que un muchacho de 15 años eligiera esa novela. A la semana siguiente ya estaba dando sus quejas: “Vicky, este libro es para nenas, ¿lo puedo dejar?”. Le recordé que había tenido suficiente tiempo para elegir y debía continuar su lectura, aunque fuera sólo para criticarlo. A los 15 días ya había leído la mitad: “Este libro no me va a ganar. La crítica que le haga va a ser mortal -me dijo-. Lo voy a defenestrar”. Me hizo gracia su expresión, y tal vez por eso la recuerdo. Cumplido el plazo, había logrado leerlo todo. Las chicas se interesaron por lo que él descartó.

Entre 1999 y 2000 se produjo el “boom” de dos películas taquilleras: “Titanic” y “Romeo y Julieta”. Desde entonces perdí el rastro de mi libro de Shakespeare, a partir del comentario en el aula de que los parlamentos que representaba Leonardo Di Caprio eran textuales palabras de la versión castellana que yo tenía y presté... Pasó por tantas manos que nunca pude recuperarlo. No lamento la pérdida.

Dado que antes de la Ley Federal mis cursos eran de 1º y 2º año secundario, cuando surgió la EGB opté por continuar con el mismo grupo etario de 8º y 9º en dos escuelas privadas en las que trabajo desde entonces: Colegio Santa Inés (CSI) y Nuestra Señora de Luján (NSL). El caso es que, casi sin proponérmelo, fueron desfilando por esas escuelas alumnos que hoy, muchos ya padres de familia, recuerdan como Edgardo B. aquella experiencia: “De las [proposiciones] subordinadas no me preguntes nada... pero si es por leer, cuando cobro me voy a la librería, y ahí elijo un libro que me dure todo el mes. Así, cuando vuelvo a cobrar, ya me puedo comprar otro”.

EL PROYECTO EN EL DECENIO 2001-2010: La población de las dos instituciones en donde trabajo desde 1998 es bastante dispar: En una, céntrica (CSI), la mayoría de los chicos tienen acceso a bienes culturales. En sus casas hay libros, les han leído cuentos antes de dormir de pequeños, todos disponen de computadoras conectadas a Internet casi desde que nacieron... En la otra, periférica (NSL), una gran mayoría pertenece a familias de bajos recursos económicos. No siempre hay libros ni lectores en sus casas, con padres que a duras penas terminaron la escuela primaria. Tal vez por eso mismo, “paradójicamente”, son quienes más se vuelcan a la lectura. Pero unos y otros leen. Movidos por intereses distintos, pero leen. Una de las motivaciones iniciales con que “prende” la lectura, en unos y otros, también paradójicamente, proviene de la cultura consumista en la que están inmersos. Y en eso no se diferencian:

En 2001 Brenda P. (CSI) había creado el “Club de Fans de Harry Potter”, e instaba a sus amigas de 8º a leer la saga. Laura R., compañera de su curso, había empezado con la lectura del primero de la colección, pero le resultaba “aburrido, con palabras

difíciles”, y en la puesta en común pedía abandonarlo. “Pará -interrumpió Brenda- ¿llegaste a la parte en que...” Ante la respuesta negativa, la fan insistió: “¡Y claro! ¿Así cómo te va a gustar, si apenas llegaste hasta ahí? ¡Seguí leyendo, vas a ver...! Con semejante propaganda, no hacía falta que yo, como docente “promoviera la lectura”.

Debido a una mayor carga de contenidos en 9º, durante varios años acoté el proyecto de lectura casi exclusivamente de textos literarios sólo en 8º. Pero en la evaluación del proyecto que a fines de 2007 hicieron los alumnos de 8º de NSL propusieron continuar con la hora de lectura en 9º, no necesariamente de textos literarios. El consenso llevó a que en 2008 se reinstalara la lectura semanal del diario más vigente que pudieran traer (de no más de una semana de publicado). Pero a fin de ese año, en la evaluación 2008, ellos mismos dijeron que extrañaban la lectura de libros enteros...

El proyecto tiene marchas y contramarchas, en función de las necesidades de cada grupo. En 2009 abrí la posibilidad a toda lectura que les resultara interesante. Para la semana siguiente podía esperar una revista Olé (deportes), un fascículo sobre el rock nacional, la revista dominical del diario local o... “yo tengo la novela que empecé en el verano, ¿la puedo seguir leyendo acá?” (Ana Paula G.). Digo “casi exclusivamente” literarios porque, si por incentivar la lectura de textos literarios lo que provocho es un rechazo a todo lo que el adolescente por su propia esencia siente como obligación, estaría logrando lo opuesto a lo que pretendo: el gusto por la lectura “per se”.

Nicolás M. (NLS), un repitiente de 8º en 2008, después de estar bastante tiempo “haciendo que leía” textos literarios tomados de la biblioteca escolar sin prestar demasiada atención, encontró fascinante una colección de mecánica que el papá tenía en su casa. Y en la puesta en común nos enseñaba cómo funcionaba un motor V-8, por ejemplo. Hoy ya egresó de la EPET, en la orientación electromecánica. ¿Podrá decir, como aquel Edgardo del Chapeaurouge, “de las subordinadas no me preguntes nada, pero de leer...”? Ojalá.

EL PROYECTO EN EL COMIENZO DEL TERCER DECENIO (2011...): Una licencia larga me impidió en 2011 estar al frente de los cursos en los que soy titular. Pero como el proyecto de lectura personal consta en los programas de Lengua, las profesoras suplentes lo continuaron en ambas escuelas. También ellas pidieron a los chicos que evaluaran el proyecto, para mejorarlo en función de sus intereses en 2012. Es de esperar que el proyecto siga... ¡por muchos decenios más!